

El mundo clásico en el botánico Simón de Rojas Clemente

Jordi Sanchis Llopis
Universitat de València

1.- El valenciano de Titaguas Simón de Rojas Clemente y Rubio, discípulo de Antonio José de Cavanilles, ocupa un lugar destacado, aunque no siempre suficientemente reconocido, en la historia de los estudios peninsulares de botánica. Se trata de un ilustrado tardío, cuya vida transcurre a caballo entre los siglos XVIII y XIX (1777-1827), en quien los prioritarios intereses naturalistas se completaban con una formación, según nos consta, en filosofía, lenguas semíticas y clásicas.

Ciertamente Simón de Rojas Clemente se decantó muy pronto por la contemplación y estudio de la naturaleza, de manera que todo lo demás, incluido su aproximación al mundo clásico, quedó de inmediato relegado a un segundo lugar.

En estas páginas nos proponemos, pues, adentrarnos en un aspecto secundario de la formación e inclinaciones de Clemente, pero también presente en las obras del naturalista valenciano. Quizá esta sea la razón por la cual probablemente este tema no ha merecido hasta la fecha especial atención. En primer lugar, nos adentraremos en la medida de lo posible en su formación clásica, para recoger, posteriormente, las referencias a la literatura y, en general, al mundo clásico en sus obras más significativas.

2.- La formación en lenguas y literaturas clásicas se da en dos momentos distintos de la vida de Clemente. En la autobiografía incluida en la nota necrológica de la *Gaceta de Madrid* un mes después de su muerte, recogida en las biografías de nuestro autor,¹ leemos lo siguiente:

¹ *Gaceta de Madrid*, n. 37, Madrid, martes 27-3-1827, pp. 146-148. Para la vida y producción de Clemente puede verse A. Gil Albarracín, «Vida y obra de Simón

Me enviaron a Segorbe a estudiar latinidad de 10 años (...). En Segorbe me enseñó el excelente y malogrado profesor Cister la sintaxis, retórica y poética latina y castellana. En 1791 empecé la filosofía en Valencia con el doctor Galiano [sic].² (...) Antes de entrar en la latinidad, concebí y comencé a realizar el quimérico proyecto de reunir los nombres de todos los seres existentes. (...) Me avine a estudiar teología, en que empleé tres años, distrayéndome con los autores del siglo de Augusto y con un poco de música; todo ello a hurtadillas y cercenando para ello algún dinerillo de mi alimento. Las lenguas griega y hebrea me parecían un paraíso comparadas con los más severos estudios; y en la segunda fueron muy aplaudidos mis progresos.³ (*Gaceta de Madrid...*, p. 146, col. 2)

Simón de Rojas expresa en varias ocasiones su falta de vocación por la vida religiosa, al tiempo que confiesa su temprana afición a las ciencias naturales, que pronto determinará las circunstancias de su biografía. Con todo, parece que los estudios de latín y griego habían desempeñado, según las palabras que acabamos de leer, una plácida distracción en los juveniles años del naturalista. Su primer contacto con el latín, como leemos, se da en 1787 en el Seminario que había sido fundado dieciséis años atrás. Merece destacarse la mención, en las palabras de Clemente, de José Cister, de quien sólo sabemos, sin embargo, que ocupaba, desde la fundación del Seminario, la cátedra de Retórica y Mayores.⁴ En cuanto al griego, y siempre según las propias palabras de Clemente, su aprovechamiento queda relegando a un segundo plano respecto al hebreo.

Ya en Madrid, en 1799 oposita a la Cátedra de lengua hebrea vacante en los Reales Estudios de San Isidro, quedando en segun-

de Rojas Clemente Rubio» en A. Gil Albarracín (ed.), *Viaje a Andalucía. «Historia natural del reino de Granada» (1804-1809)*, Barcelona, 2002, pp. 47-82; y S. Rubio Herrero, *Biografía del sabio naturalista y orientalista valenciano Don Simón de Rojas Clemente y Rubio*, Madrid, 1991.

² Se refiere a Antonio Galiana, profesor de la Universidad ilustrada de Valencia, que había sido discípulo del antitomista Esteve Querol y que en 1792 obtuvo la cátedra de filosofía, ocupando también la de mecánica y física y, a partir de 1799, la de química (V. Navarro Brotons, «Filosofia i ciències» en M. Peset (coord.), *Història de la Universitat de València*, v. II [*La Universitat Il·lustrada*], València: Universitat de València, 2000, p. 212).

³ Hemos preferido transcribir los textos de la época de acuerdo con la ortografía moderna.

⁴ Aguilar Serrat, *Noticias de Segorbe y su obispado*, Segorbe, 1890, pp. 555 s. Por desgracia, no existe documentación histórica sobre el Seminario de Segorbe: su archivo se da por desaparecido en el curso de la guerra civil.

do lugar. Un año más tarde se presenta, sin éxito, a las cátedras de Lógica y Ética del Seminario de Nobles de Madrid. Sin embargo, «se me confió en S. Isidro la sustitución de las tres cátedras a que había aspirado⁵ mientras asistía a las de griego y árabe. En este último idioma hice un alarde singular que desempeñé con aplauso» (*Gaceta de Madrid...*, p. 147, col. 1).⁶ En esos años (1777-1816) ocupaba la cátedra de griego el destacado helenista Casimiro Flórez Canseco, que en 1783 había escrito un *Método para enseñar y aprender la lengua griega*.⁷

Sin embargo, del nivel de conocimientos de lengua griega adquirido por Clemente nada sabemos. Parece por sus propias palabras que, una vez más, queda relegado en relación en este caso con el árabe. En una nota apuntada en el *Cursus honorum* que recoge sus méritos entre 1791 y 1801 leemos que «conserva notificación dada por los Rles. Estudios de su puntualidad, aplicación y singular aprovechamiento» (*Archiu Històric de la Ciutat de Barcelona*, Ms. B164, n° 15 [col. Toda]).⁸ Otras fuentes confirman sus estudios helénicos: en una carta fechada en Madrid a 8 de Junio de 1800, cuando nuestro personaje contaba, pues, veintitrés años, informa a su padre que ha estudiado árabe, griego y francés.⁹ Otro idioma moderno que parece conocer es el inglés, en el que escribe al menos un par de cartas.¹⁰

⁵ Cf. J. Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid (del Estudio de la Villa al Instituto de San Isidro: años 1346-1955)*, Madrid, 1992 (2ª edic. actualizada), p. 301.

⁶ Cf. *Pequeño alarde de la Gramática y poética arábiga que ofrece el examen y curiosidad pública en los Reales Estudios de Madrid D. Simón de Roxas Clemente, con asistencia de D. Miguel García Asensio, catedrático de Árabe-Erudito en ellos. En el día 16 de Julio de 1801, a las diez de la mañana*, Madrid, Vda. de Marín, 1801. J. Simón Díaz, *op. cit.*, p. 377.

⁷ C. Hernando, *Helenismo e Ilustración (el griego en el siglo XVIII español)*, Madrid, 1975, pp. 80 y 104. En 1778, es decir once años antes, Flórez Canseco examinaba de lengua griega a sus discípulos haciéndoles traducir y analizar gramaticalmente un texto escogido al azar del Nuevo Testamento o de los poemas de Anacreonte, y responder a preguntas sobre etimología y sintaxis (Simón Díaz, *op. cit.*, p. 28).

⁸ Citado por E. Giral i Raventós, *Simón de Rojas Clemente y Rubio (1777-1827) i la ciència ampelogràfica del seu temps*, Ex libris Alfons Cucó, apéndice I, p. 26.

⁹ F. Martín Polo, «Sobre la correspondencia de Simón de Rojas Clemente, II», *Flora Montiberica* 13 (1999), p. 12. Agradezco a F. Martín, excelente conocedor y paisano de Clemente, su valiosa ayuda para adentrarme en la vida y obra de este.

¹⁰ Son cartas dirigidas al botánico inglés A. B. Lambert, que acompañó a Rojas Clemente y a su curioso compañero Domingo Badía durante su estancia en Londres. F. Martín Polo, «Sobre la correspondencia y sobre Simón de Rojas Clemente en la British Library de Londres», *Flora Montiberica* 11 (1999), 27-29.

En cuanto a los progresos alcanzados en los estudios de latín, los datos no son contundentes. Con todo, al referirse a la obra del boloñés Pietro de Crescenzi, *Opus ruralium commodum*, reseñada en su historia de la ampelografía, no duda en afirmar que está escrita «en un latín insoportable». ¹¹

Fuera de toda duda queda, en cualquier caso, su interés por las lenguas y, en particular, por cuestiones lexicográficas. La elegancia de su estilo al escribir en su castellano materno así lo refleja. En su haber cabe destacar el esfuerzo por establecer las equivalencias en la terminología botánica entre el latín y el castellano. Meritorios son también los estudios lexicográficos incluidos en su *Historia civil, natural y eclesiástica de Titaguas*, escrita en los dos intervalos de su vida en los que regresó a su pueblo natal, 1812-1814 y 1821-1825, así como al año siguiente en Madrid. Allí encontramos un «Vocabulario bárbaro, o sea Listas de las voces anticuadas, corrompidas y extrañas al castellano, que usan en su lenguaje común los vecinos de Titaguas, con observaciones sobre su origen y propiedad», ¹² que incluye las secciones de arcaísmos, «voces propias usadas en Titaguas con otra acepción que en Castilla», «voces castellanas que se pronuncian en Titaguas con una corta alteración», «voces castellanas que se pronuncian en Titaguas con una grande alteración», «voces técnicas agronómicas no usuales en el castellano», aragonesismos, valencianismos, «voces propias de Titaguas derivadas del castellano», «voces tomadas de lenguas extranjeras», «voces titagüeñas de origen desconocido», «voces tomadas de otras lenguas y dialectos de la península, ya en lo material de su sonido, ya en sus acepciones», «sinalefas no usadas en Castilla» y «modos de hablar y refranes propios de los vecinos de Titaguas, o que al menos no son comunes en el castellano, con algunas observaciones». Esa misma dedicación a la lexicografía de las lenguas modernas se manifiesta en su *Nomenclátor ornitológico*, del que nos ocuparemos más adelante.

¹¹ *Ensayo sobre las variedades de la vid común que vegetan en Andalucía, con un índice etimológico y tres listas de plantas en que caracterizan varias especies nuevas*, Madrid: imprenta de Villalpando, 1807, p. 78. Sin embargo, añade: «Pero confesemos también que si la crítica puede alguna vez ser indulgente, nadie tiene tanto derecho a esta gracia como un escritor del siglo XIII que acertó a rivalizar con los mejores del Imperio Romano».

¹² F. Martín Polo (coord.) y E. Tello Torre (eds.), *Historia civil, natural y eclesiástica de Titaguas de D. Simón de Rojas Clemente y Rubio*, Valencia, 2000, pp. 361-401.

No faltan tampoco aportaciones al uso normativo del español y su reflejo en los diccionarios. Propuso, con desigual fortuna, la inclusión de un buen número de palabras, así como la redacción de nuevas definiciones, en el *Diccionario de la lengua castellana* de la Real Academia de la lengua de 1817.¹³ Por otra parte, durante el tiempo que fue miembro de las Cortes, en 1820, participó en la corrección de estilo del diario de sesiones.¹⁴ Ambos datos subrayan no sólo el interés de Simón de Rojas por estos temas sino también el reconocimiento de su autoridad en ellos.

Con todos estos datos parece inequívoco, pues, que Clemente comparte con los Ilustrados la misma inclinación por las lenguas vernáculas, con igual atención a los usos normativos y a las voces populares o de carácter local.

3.- En 1807 se publica como libro, y por primera vez, su *Ensayo sobre la variedad de la vid común que vegetan en Andalucía*, con un índice etimológico y tres listas de plantas. La obra ya había aparecido en numerosas entregas en el *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos por el Real Jardín Botánico de Madrid*, y fue uno de los frutos más celebrados de la estancia de Clemente en Sanlúcar de Barrameda.

El libro se inicia con unos versos de las *Geórgicas*, que es toda una declaración del reto asumido por su autor en esta obra. En ellos Virgilio se excusa de contar las numerosas especies y nombres de uvas: *Sed neque quam multe [sic] species, nec nomina quae sint, / est numerus* (2.103 s.).

En la dedicatoria de la obra a Manuel Godoy le agradece a su protector que le condujera a las ciencias empíricas y le desviara de las disciplinas teóricas. Sus palabras distan mucho de ser asépticas: «Todas [las posibles ventajas a la patria] se deben a V.A. que me apartó de las tareas estériles y misantrópicas de Colegios y Universidades: que me empeñó en la carrera de las ciencias útiles» (p. II). En el elogio de Granada, cuya historia natural le había

¹³ Frente a la definición de la Real Academia del término «jerarquía» como «el orden entre los diversos coros de ángeles y los grados diversos de la Iglesia. Por extensión se aplica a otras personas o cosas», propuso, sin éxito, esta otra, sin duda, más moderna: «*Jerarquia* es el orden y subordinación que en cualquier república bien ordenada tienen las diversas clases de sujetos que la componen» (C. Torres Fornés, *Sobre voces aragonesas usadas en Segorbe*, Valencia: Tipografía moderna, 1903, p. 172).

¹⁴ C. Torres Fornés, *op. cit.*, p. 171.

encomendado Godoy, leemos: «A cada paso se presentan gloriosos monumentos de la sabiduría de los Árabes, y los vestigios eternos de la magnificencia y del poder Romano» (p. III). A Plinio lo menciona como autor paradigmático de historia natural.¹⁵ En fin, en este breve ejemplo de literatura encomiástica se permite alguna concesión literaria que remite someramente al mundo clásico; así dice: «extendiéndose como una nube por las yermas arenas las ninfas del Betis» (p. V).

Ya insertos en la historia de la ampelografía, comienza con las fuentes antiguas, entre las que destaca la figura del gaditano Lucio Junio Moderato *Columela*:

No hallando otro modo de hacer distinguir las variedades de la vid, solían darles nombres tan propios y expresivos que vulgarizados suplían la falta de determinación sistemática, hasta que por un esfuerzo sublime de su genio halló Columela el secreto de describirlas en términos que ya se le puede considerar como Botánico. Siendo este hombre extraordinario el primero que escribió con acierto sobre asunto tan importante, no me detendré a hablar de los Geopónicos griegos, de que solo nos quedan algunos fragmentos miserables, contentándome con hacer mención de los latinos que le precedieron, más por lo que realzan sus nombres inmortales la gloria de la Agricultura, que por lo que vale lo poco que dijeron de la vid. (pp. 73 s.)

La noticia sobre estos geopónicos griegos también la ha leído Clemente, directa o indirectamente, en su celebrado *Columela*. En el libro primero de su *Res rustica* (1.7 ss.) ofrece un extenso listado de autores griegos que se han ocupado de temas agrarios, encabezada por Hesíodo y que incluye nombres sobre todo de época helenística, algunos de ellos, como Demócrito de Ábdera, usados copiosamente por autores posteriores.

Como precedentes de *Columela* menciona Clemente a Catón, Varrón y Virgilio. Del primero, «aquel gran Magistrado», remitiendo a *De re rustica* cap. 6 y 7, afirma:

[...] Era según el testimonio de Plinio el labrador más respetado y el mejor de su siglo. Él fue el primero que escribió de la Agricultura en latín, y sus obras hacen la época más brillante de la historia de la primera de las Artes; pero por lo respectivo a las variedades de la vid, apenas nombra ocho. [...] Débesele no obstante citar con veneración, cualquiera que sean los progresos de nuestro siglo, no solamente por ser el Patriarca de la Agricultura Europea; sino por-

¹⁵ P. III.

que basta aquel nombre, que llena él solo toda la Antigüedad, para probar la importancia del estudio de las variedades [...]. (p. 74)

Sobre Varrón, del que da como referencia bibliográfica *Rerum rusticarum de agricultura* (lib. I, cap. 25, 54 y 58), afirma:

El más sabio de los Romanos, ilustre labrador, de quien se ha dicho que hizo a la Agricultura elocuente, se dedicó también a la observación de los viñedos, y dio a conocer dos de uva temprana, copiando además los ocho de Catón. (p. 74)

De Virgilio, «aquel amable amigo de los Pastores y del campo, el autor de la divina Eneida, cantó las variedades de la vid más apreciadas en su tiempo» (p. 74) nos ofrece los nombres de las quince mencionadas en *Geórgicas* (2.89-108).

Propiamente la historia de la ampelografía comienza, sin embargo, con Columela, que dedica el libro tercero a la vid y distingue cincuenta y ocho especies de vides.¹⁶ En el elogio de Clemente confluyen tanto las aportaciones de aquél en el tema de su tratado como su origen hispánico.

Honor de España y de la Agricultura, fue el primero que conociendo la insuficiencia de los nombres para distinguir las variedades, se dedicó a estudiar los vidueños mismos y notar las diferencias para fijar su conocimiento de modo que en todos los países y en todos los siglos se pudieran determinar por sus caracteres naturales. [...] ¿Pero quién no admira la valentía del pensamiento, el vuelo de aquel genio superior, que tanto se elevó sobre su siglo, y que llenó su patria de luces y gloria? (p. 75)

El elenco de autores antiguos se completa con Plinio y Paladio. Del segundo (*De re rustica*, lib. III, cap. 5) ofrece una breve y concreta información. Plinio (*Historia naturalis*, lib. XIV, caps. 1-4), por su parte, queda oscurecido por su predecesor:

[...] Aunque la circunstancia de escribir después de tan sabio Agrónomo, la envidia con que miraba su mérito literario y científico, el orgullo romano, y el objeto mismo de su obra, le ponían en obligación de describirlos mejor que el filósofo de Cádiz, está muy lejos de igualarle. (p. 76)

¹⁶ Columela, a su vez, rinde homenaje a Virgilio comenzando el libro tercero con el primer verso de la *Geórgica* segunda y citando más adelante los versos 10-11, 104-106, 238-240, 298, 348, 350-353 y 392 del mismo poema. La distinción de tipos de vid se hace especialmente en 1.3 ss. de acuerdo con los criterios de suelo y clima, y en 2.7 ss. se mencionan los nombres y cualidades de las vides.

En la historia de la ampelografía de Clemente, se entra, tras la figura de San Isidoro de Sevilla, en un período de oscuridad, que deja en mayor realce las aportaciones de la Antigüedad:

La Agricultura siguió la triste suerte de las ciencias, hízose ignorante y grosera, obscureciéndose y perdió toda su gloria, conservándose únicamente apreciada por los Árabes, herederos de las luces de Atenas y de Roma. [...] Larga y tenebrosa edad en que apenas pudo encontrarse un sabio, émulo de los Catones y de los Columelas, y por todos títulos dignos de otros tiempos. (pp. 76 s.)

Ya en el catálogo y descripción de los distintos tipos de vides recopilados por Clemente, el botánico vuelve a rendir homenaje a los autores latinos en la elección de denominaciones. Un nombre de vid recibe el nombre de «Virgiliana» con esta justificación: «Dedico esta variedad silvestre al cantor divino de las selvas y de los vidueños, P. Virgilio Marón» (p. 173, n. 1). Otra variedad es denominada «De Columela», con la consiguiente nota a pie de página: «Dedico esta hermosa variedad al príncipe de los Agrónomos y Padre de la Ampelografía, al culto y sabio Columela» (p. 178, n. 1). La «vigiriega negra» es consagrada a M. P. Catón, como «fundador de la Ampelografía» (p. 197, n. 1). De igual modo, la variedad del «jetubi bueno» es denominada «pliniana», «dedicada al inmortal Plinio, Príncipe de los Naturalistas antiguos y émulo del mejor Agrónomo del Imperio romano» (p. 216, n. 1). La variedad «Ciutí. *Palladii*» recibe el nombre del «Agrónomo romano Paladio Rutilio, que habló también de los vidueños en su obra *De re rustica*». (p. 240, n. 1)

La erudición de Clemente no se limita al campo de la botánica. Dentro de los márgenes de sus prioritarias pretensiones científicas, nuestro autor ofrece muestras en sus disquisiciones etimológicas de afición por las palabras y las lenguas, clásicas, orientales y vernáculas. Su esfuerzo lexicográfico es, en efecto, meritorio.

Más allá de la sistemática indicación de las correspondencias en latín y castellano de los términos, leemos referencias etimológicas al griego. En nota, explica la etimología de la denominación del objeto de su estudio, la ampelografía, de la que forman parte los términos ἄμπελος y γραφία, traduciendo este último por «descripción» (p. 66, n. 2). Para designar científicamente «los racimos que salen de los nietos y alguna vez de las puntas de los sarmientos», en castellano «rebuscos» o «redrojos», propone como término científico *opsibotri*, que explica en nota: «he formado esta voz de las

palabras griegas βότρυς *racimo* y ὀψί [sic] *tarde*. Los rebuscos son siempre más tardíos que los racimos principales» (p. 29 y n. 2).

4.- Durante su estancia en Andalucía recibe Clemente de Godoy, primer ministro de Carlos IV, el encargo de elaborar la historia natural del reino de Granada, a la que se dedicará en dos fases, separadas por su nombramiento como bibliotecario del Real Jardín Botánico de Madrid en 1805. Entre 1804 y 1809 Clemente toma notas de viaje, de carácter muy distinto, con el fin de redactar un libro, que nunca llegó a escribir. Se trata, pues, sólo de notas, susceptibles, por tanto, de cierto número de imprecisiones.

Con todo, estos apuntes reflejan un interés nada desdeñable por la arqueología y la historia por parte de nuestro naturalista. Para la localización de distintos lugares de Andalucía, así como para la recopilación de noticias sobre ellos, Clemente recurre a los autores antiguos. A propósito de la Vega de Granada, vuelve a mencionar a Columela, para aseverar que ya en tiempos del agrónomo andaluz «se hacían planteles de sarmientos que ya barbados se trasplantaban en viña, con la ventaja de no ocupar inútilmente el terreno de la viña tanto tiempo hasta lograr el fruto» (p. 189).¹⁷

Los lugares de la geografía andaluza son ilustrados con referencias en la Antigüedad. En ocasiones, se hace eco de alguna noticia indirecta e incierta, como cuando dice que «Portilla, Pueblo que dicen cita Plinio, sólo tiene ahora siete Cortijos y los vestigios de su antigua habitación» (p. 519). En otras, por el contrario, la precisión en las fuentes resulta impecable; así, al referirse al antiguo poblado ibérico de Urçi, recoge en nota los testimonios de Pomponio Mela, Plinio y Ptolomeo sobre su ubicación:¹⁸

Pomponio Mela,¹⁹ español, en tiempos de Julio César manifiesta que Urçi estuvo entre Adra y Cartagena, siendo sobresaliente entre obscuras Poblaciones de la costa. De Plinio,²⁰ que vivió en Andalucía, se infiere que Urçi debió estar entre Barea y Cartagena. Lo mismo dice Ptolomeo.²¹ (p. 522, n. 156)

¹⁷ A. Gil Albarracín (ed.), *op. cit.*

¹⁸ Probablemente entre las actuales poblaciones de Águilas (Murcia) y Villaricos (Almería) (J. García Antón, «Buscando a Urçi. Una revisión historiográfica», *Antigüedad y Cristianismo* 23 (2006), pp. 101-112).

¹⁹ *de Chorographia* 2.4.

²⁰ *Nat.* 3.1.19.

²¹ Ptolomeo (*Geog.* 2.6.13) da con exactitud las coordenadas, según la época, que situarían a Urçi al sur de la provincia de Murcia.

El doble método de Clemente, trabajo de campo e indagación personal, por una parte, y consulta de las fuentes antiguas y contemporáneas, por otra, se combinan críticamente. En ese sentido hay que valorar las indicaciones de los errores que detecta en la cartografía de Tomás López (1730-1802), así como las propuestas de nuevos datos respecto a los aportados por el geógrafo²² que, como él, había pasado por el Colegio Imperial de Madrid.

En ocasiones remite a las traducciones de las que se ha servido, como al referirse al libro tercero de la *Geografía* de Estrabón, hecha del latín, que atribuye a Tomás López erróneamente, ya que como autor figura el hijo de este, Juan, que la publicó en Madrid en 1787.²³

La fidelidad a esas mismas fuentes le conduce a veces, sin embargo, a la introducción de errores. Como denominación antigua del cabo de Gata da el promontorio *Charybdemo*, cuya etimología sugiere el tema geográfico-mitológico del monstruo Caribdis (Χάρυβδης). Por el contrario, según Ptolomeo (2.4.7), origen de la noticia, se trata del Χαριδήμου ἀκρωτήριον.²⁴

A propósito de la ciudad de Motril leemos:

Alderete asegura la fundaron los Fenicios la primera vez que vinieron a España, llamándole *Axi*, *Sexi* o *Exi*, después conquistada por los Romanos y en honor de Julio César la apedillaron *Firmium Julium*, de que se vino a llamar en latín *Sexi firmium* y los Moros después la llamaron Motril. (p. 154)

Se trata del malagueño Bernardo de Alderete o Aldrete (1565-1645), canónigo de la catedral de Córdoba, de amplia formación en lenguas y que destacó por sus investigaciones arqueológicas y lingüísticas. Sin embargo, en ninguna de sus obras principales, *Del origen y principio de la lengua castellana o romance que hoy se usa en España* (1606) y *Varias antigüedades de España, África y otras provincias* (1614) se encuentran las supuestas consideraciones del erudito.²⁵ Las noticias antiguas proceden de Plinio (3.8) y ya antes la «ciudad de los saxitanos» fue mencionada por Estrabón

²² A. Gil Albarracín, en S. R. Clemente Rubio, *Viaje a Andalucía...*, p. 24.

²³ Sin embargo, Tomás López de Vargas Machuca (Madrid, 1731-1802), destacado matemático y cartógrafo, ayudó, al parecer, a su hijo en esta traducción.

²⁴ Hübner, s.v., *REPW* VI 3 (1899), cc. 2138 s.

²⁵ En cambio, puede haber tenido en cuenta otras fuentes, como la obra de P. Murillo Velarde, *Geographia Histórica, donde se describen los reynos, provincias, ciudades, fortalezas...*, Madrid, D. Gabriel Ramírez, 1752, en la que leemos: «La fundaron Phenices, que fueron con Pygmaleon, se llamó Axi, Exi, o Sexi, aunque

(3.156). En cualquier caso, Clemente no tuvo en cuenta las opiniones ya existentes en su época sobre la identificación, modernamente aceptada, con la actual Almuñécar.

Al mismo interés arqueológico responden otras referencias que, sin embargo, resultan inexactas. En anotaciones sueltas leemos «la Sagra es el *Saltus Tugiensis* o *Tusiensis* de Plinio y Ptolomeo» (p. 914). En efecto, en Plinio (3.9) es mencionado el *saltus Tuginiensis* como lugar del nacimiento del río Betis, identificado, sin embargo, con Toya, en la sierra de Cazorla, y no con el pico de Sagra, al norte de la provincia de Granada.

Ciertamente Plinio es el autor de la Antigüedad más mencionado, aunque siempre puntualmente, en las notas del viaje a Andalucía. A propósito de la piedra verde, es decir el jaspe verde, del barranco de San Juan, en Güejar Sierra, comenta «la disparatada relación de sus maravillosas e innumerables virtudes» y da una relación de fuentes que comienza con Plinio:

No debe extrañarse esto, ni el que efectivamente corra con mucho crédito medicinal esta piedra en toda Andalucía, apoyándose éste en autoridades de Plinio, el Padre Alcaraz [sic], el Padre Fray Juan de San Germinian [sic], el *Reductorio moral* de Berchorio, etc., etc., etc. (p. 1023)

Que Clemente se ha valido de una fuente intermedia para estos datos parece demostrarlo el hecho de que en la transcripción de los nombres cometa los mismos errores que el autor desconocido de un opúsculo del s. XVIII titulado *Maravillosas virtudes de la piedra jaspe verde, sacadas de varios autores, y confirmadas en muchas experiencias*, donde se amplía el número de referencias y se indican los lugares concretos.²⁶

Con fecha de 23 de agosto de 1809 nos ofrece Clemente la descripción extensa del yacimiento arqueológico de las tierras de Benafis el Alto, en Ubrique.²⁷ Entre otras cosas leemos:

algunos dicen, que Sexi era Almuñécar: en tiempo de Julio César se llamó Firmium Julium» (p. 199).

²⁶ Publicado en Granada, por primera vez, al parecer, en la imprenta de D. Nicolás Moreno, en 1762. La alusión de Plinio se lee en 37.9. Los autores mencionados son propiamente el padre Luis de Alcazar (1554-1613), autor de un tratado sobre el *Apocalipsis*; Petrus Berchorius, o Pierre Bersuire, benedictino francés que vivió entre los últimos años del siglo trece y el 1362; y el dominico Joannes de Sancto Geminiano, o Giovanni di Sancto Gemigniano, autor de una *Summa de exemplis et similitudinibus rerum* (1499) [Venecia: Johannes et Gregorius de Gregoriis, 1585], cuyo libro segundo está dedicado a metales y piedras.

²⁷ Pp. 765-769.

En este sitio estaba la estatua de Proserpina de medio cuerpo, sin cabeza, con ropaje airoso, saliéndole de la cintura hasta el pecho dos áspides y con un rostro en el pecho rodeado de otros dos áspides y unas alas como de pájaro sobre el rostro; sobre el rostro de la estatua salen otros dos áspides. No tiene manos ni piernas, pero sí en el brazo izquierdo un perno de hierro que manifiesta sostendría alguna tarjeta. (p. 764)

El mismo Clemente sospecha de la imprecisión en la identificación del personaje, pues en nota añade: «acaso sea de Cleopatra o [en blanco]». Como ha sido advertido,²⁸ esta descripción es más acorde con la representación de la diosa Minerva.

Más adelante, en la misma descripción, se adentra Clemente en cuestiones epigráficas, respondiendo a la multiplicidad de intereses de nuestro Ilustrado. En efecto, da cuenta de las dos inscripciones encontradas en ese lugar.²⁹ La primera de ellas estaba dedicada al emperador Antonio Pío³⁰ y la segunda a Cómodo.³¹ Según nos informa, fueron leídas y traducidas por un tal Domingo Turagía [sic],³² coronel de Húsares, y Marqués del Palacio. De él nos ofrece una lectura incorrecta, que pasa después a enmendar comenzando con las siguientes palabras: «Hice las correcciones y notas que se ven hasta aquí a vista de los monumentos sobre texto copiado antes de los papeles de Begazo [sic]»³³ (p. 767). Los apuntes epigráficos de Clemente son acertados. Las correcciones y observaciones al texto de Traggia son debidamente justificadas,

²⁸ L. Baena del Alcázar y María J. Berlanga Palomo, «Las antigüedades romanas de Ocuri (Ubrique, Cádiz) según los documentos conservados en la Real Academia de la Historia», *Mainake* 26 (2004), p. 403.

²⁹ Publicadas por E. Hübner en el *CIL* II (1869) con los números 1336 y 1337.

³⁰ Inscripción de 0,75 m. de altura y 0,64 m. de ancho, posiblemente del 142 d. C., hallada en el Salto de la Mora (Benalfi Alto) por Juan Vegazo en 1792 y cedida al Museo Provincial de Cádiz por don Antonio Guerrero posteriormente. Desapareció de los fondos del Museo Provincial de Cádiz, a donde había llegado por cesión de Antonio Guerrero.

³¹ Inscripción honoraria en placa de mármol que mide 0,59 m. de altura, 0,475 m. de ancho y 0,095 m. de grosor. Probablemente de muy avanzado el siglo II d. C., se conserva todavía en el Museo Provincial de Cádiz.

³² Domingo Mariano Traggia Uribarri (Zaragoza, 1744-1816).

³³ Juan Vicente Vegazo, considerado el padre de la arqueología andaluza, que hizo posible los descubrimientos arqueológicos de la ciudad íbero-romana de Ocuri. Los «papeles» a los que se refiere Clemente deben ser el manuscrito en el que Vegazo explicaba las excavaciones allí realizadas entre los años 1792 y 1795 (*Antigüedades de Ubrique, descubiertas por D. Juan Begaso en el año 1792*), en la actualidad perdido.

con el resultado de una lectura idéntica a la propuesta publicada años más tarde por Hübner en el *CIL*, así como una traducción impecable. Desconocemos, con todo, cuánto hay de personal en la propuesta epigráfica de Clemente, pues ya en 1805 Simón de Zamora había enviado a la Academia de la Historia los textos y traducciones de las inscripciones prácticamente idénticas a los que propone nuestro viajero, que no acabó sus notas, como se ha dicho, hasta 1809.³⁴

Inscripción 1^a

*Imperatori Caesari, Divi
Hadriani filio, divi Tra-
jani Parentis nepoti, di-
vi Nervae Pronepoti: Pio
Hadriano Antonino. Au-
gusto Pio Pontifici Maxi-
mo Populi romano Potes-
tate urbis consuli 3^o
Populi Procuratori Pu-
blico Ocuritanorum decre-
to Decurionum dedicavit,
aut dono dedit.*

Inscripción 2^a

*Imperatori Caesari Mar-
co Aurelio Commodo An-
tonino Augusto Pio felici-
ter Sarmatarum Magis-
tro, Pontifici Máximo tri-
buno Plebis. 4^o Imperatori.
X Consuli urbis, Procuratori
Publico Republicae Ocurritanorum³⁵
decreto decurionum dedicavit
aut dono dedit.*

En las notas del viaje a Andalucía, no faltan, por otra parte, alusiones mitológicas que sólo pretenden otorgar un hálito poético a la descripción de elementos geográficos o a la narración de diversos momentos y situaciones vividas en su trayecto. Las notas del 17 de junio de 1805 se refieren al recorrido entre la Puebla de

³⁴ La lectura de las inscripciones de Simón de Zamora se encuentra en Ms. de la R.A.H. CAIGR/9/3939/05 (4) (L. Baena del Alcázar y María J. Berlanga Palomo, *art. cit.*, p. 402).

³⁵ Error por «Ocuriatanorum».

Don Fadrique y la falda de la Sagra. Respecto a este pico leemos: «Ésta descuella sobre todos como Polifemo entre los Pigmeos, pues parece que los demás se hicieron tales de propósito para que este Cerro agigantado resaltase más» (p. 579).

En la descripción de la cueva de los Descabezados o del Cristal, en la sierra de Baza, los datos geográficos y geológicos dejan su lugar momentáneamente a ciertas licencias poéticas, a cuyo servicio están los referentes mitológicos.

A los dos pasos de haber entrado en este salón a la izquierda hay una pequeña caverna en que apenas cabe un hombre, el juego estalactítico trabaja en cerrarla. (...) Desde esta angostura observamos a algunos de nuestros compañeros que se había adelantado y estaban ya en el salón cada uno con su luz; cada actitud suya, cada movimiento producía una escena nueva y original. Mi imaginación se exaltó y me pareció ver a Plutón celebrando un convite con Minos, Radamanto y demás deidades interesadas. (p. 283)

En este caso, Clemente pudo recordar las alusiones de Virgilio a estos dos personajes y su misión en el mundo de los muertos, en la *Eneida* (4.432 y 566), pero también los ecos de este motivo en la literatura moderna.³⁶ Más adelante vuelve a acudir al referente mitológico como símil para intensificar el *pathos* en la descripción: «Del techo cuelgan muchas columnas cilíndricas y cónicas erizadas en toda su superficie o en parte de cristales, de manera que algunas se parecen a la clava de Hércules» (p. 284).

5.- En los últimos años de la vida de Simón de Rojas hay que fechar una primera redacción de su *Nomenclátor ornitológico. O sea, nombres españoles y latinos sistemáticos de aves*.³⁷ Ciertamente, el valor de esta obra radica en la citación de los nombres vernáculos correspondientes a la denominación latina científica de la fauna ornitológica, aunque como obra científica quedara superada por los inmediatos sucesores de Rojas, que no hicieron justicia a su

³⁶ Recuérdese, por ejemplo, que en el *Quijote* (2ª parte, c. LXIX) intervienen como jueces Minos y Radamanto. La tríada de jueces de los muertos se completaba en el mundo antiguo con Éaco (Pl. *Gorgias* 524 a), pero esta figura no aparece, como tal, en la *Eneida*, ni, en la recepción europea, en la *Divina comedia* de Dante.

³⁷ Una de las referencias bibliográficas utilizadas y citadas por Clemente en esta obra (M. Jiménez, *Nomenclatura farmacéutica*) está datada en 1826, año anterior a la muerte de nuestro autor, como señala el editor, F. Martínez Polo, Titaguas, 2006 (p. 9), edición que hemos seguido en las citas que siguen.

predecesor.³⁸ Si es verdad, pues, que responde en el erudito valenciano al prioritario interés por los temas de la naturaleza, no es menos cierto que constituye otro ejemplo más de su gusto y su afán por el rigor en cuestiones lexicográficas.

La misma actitud crítica de siempre se detecta ya en la bibliografía utilizada que acompaña a su nomenclátor, en la que introduce observaciones donde la abierta ironía acompaña en ocasiones a una descalificación inmisericorde. Así, al referirse a las aportaciones al tema de Lorenzo Palmireno (*Vocabulario del humanista*, Valencia, 1569), subraya sus «lastimosos defectos en un autor por lo demás tan laudable aunque precipitadillo y poco limado como él mismo confiesa» (p. 19). Otros juicios negativos acompañados de ironía pueden leerse en el mismo listado de obras.³⁹ Que Clemente conoce bien la bibliografía citada y que sus observaciones son precisas parece deducirse de cuanto dice, en la misma sección bibliográfica, del *Diccionario de la lengua castellana* en su quinta edición, en el que echa a faltar «muchísimas voces» (p. 22) y detecta ciertos errores e imprecisiones.

Sin embargo, como ha sido señalado,⁴⁰ esta relación de obras ofrecida por Clemente no es exhaustiva. La deuda con otros autores no citados en la bibliografía inicial no es poca y, en ocasiones, es reflejada en las notas del autor.

Se ha observado igualmente por quienes conocen el manuscrito⁴¹ del *Nomenclátor* que precisamente en las notas, a diferencia del

³⁸ F. Bernis, «El nomenclátor ornitológico de Rojas Clemente», *Ardeola* 2.1 (1955), pp. 157-174 (p. 157). El mismo reconocido ornitólogo consultó el manuscrito de esta obra para la elaboración de su *Diccionario de nombres vernáculos de aves* (Madrid, 1995).

³⁹ De F. Marcuello (*Historia natural y moral de las aves*, Zaragoza, 1617) dice: «Nada se perdió con que quedasen inéditas las otras dos partes prometidas para completar el total de aves existentes que dice él con S. Basilio es de 300; él no conocería ni 50, según su modo *merafísico* [sic] moral, prodigioso de tratar el asunto: era hijo y canónico de Daroca» (p. 20). Respecto a Gerónimo de Huerta (*Historia natural de Cayo Plinio*, 1624) afirma que «aunque no tan ignorante de las aves como en otros ramos de historia natural, las conocía poco» (p. 20). Así considera lo que lee en el *Catálogo y descripció dels pardals de l'Albufera de Valencia*: «miseras y a veces erróneas y nulas descripciones como de un curioso nada naturalista» (p. 21). En fin, tono muy probablemente irónico se deduce cuando afirma sobre la *Nomenclatura farmacéutica* de M. Jiménez (1826) que «quisiera uno saber de dónde se ha sacado algunos [nombres] que trae muy extraños como los que pone a la codorniz» (p. 23).

⁴⁰ Así, F. Bernis (*art. cit.*, p. 160) menciona a Antonio Cabrera, Campany (*Diccionario francés-español*), Chimoni, Ángel Pascual y, especialmente, Villanueva.

⁴¹ F. Bernis, *art. cit.*, p. 158.

cuerpo central, se detectan variaciones de tinta, tamaño de letra y pulso, que corresponden a momentos distintos en la redacción. Estas notas, que recogen, unas veces, indicaciones de las fuentes de las que se ha servido Clemente y, otras, los propios comentarios del autor, están escritas en latín.

6.- En 1819 se publica, como addenda al capítulo VIII de la *Agricultura General* de Herrera, *Sobre las castas de trigo* de Simón de Rojas Clemente.⁴² Se trata de un anticipo y resumen de la *Ceres Hispánica*, ambicioso programa agrobotánico compartido con Lagasca, discípulo, como Clemente, de Cavanilles y compañero de aquél. Este proyecto surgió en 1801, cuando Lagasca y Clemente observaron en una herborización por Madrid que muchas de las especies de trigo recolectadas no habían sido recogidas en la obra de Linneo, y sufrió una serie de interrupciones debidas a los avatares biográficos de aquellos.⁴³

De nuevo, el punto de partida de Clemente lo constituyen los autores clásicos. Cuando recuerda la historia del tema objeto de estudio cita dos precedentes griegos como punto de partida.

Así es que, en la larga serie de escritos geopónicos y botánicos anteriores al siglo XVIII, desde Hipócrates o Teofrasto hasta Morison y Tournefort,⁴⁴ sólo tal cual vez, y asistidos de la fe tradicional y las estampas, acertamos a reconocer con precisión las razas de trigo de que hablaron. (p. 13)

Hipócrates relaciona el trigo con una dieta saludable y curativa y, a este propósito, se limita a mencionar distintos derivados de cereales.⁴⁵ En cambio, Teofrasto sí alude a numerosas clases de

⁴² *Ceres Hispánica. Adición al capítulo VIII de la obra Agricultura general de Herrera por D. Simón de Rojas Clemente. Con notas, cuadros y Contribución a la Ceres Hispánica por J. Hurtado de Mendoza y A. García Romero*, Madrid: Ministerio de Fomento, 1926.

⁴³ J. Fernández Pérez y A. Gomis Blanco, «La *Ceres española* y la *Ceres europea*, dos proyectos agrobotánicos de Mariano La Gasca y Simón de Rojas Clemente», *Llull* 13 (1990), 379-401.

⁴⁴ Dos botánicos que destacaron en la clasificación de vegetales. Robert Morison (1620-1683), escocés, fue autor, entre otras obras, de una *Historia Plantarum Universalis Oxoniensis*. De Joseph Pitton de Tournefort (1656-1708), francés, son, entre otras obras, *Éléments de botanique* e *Institutiones rei herbariae*, de tres volúmenes cada una de ellas.

⁴⁵ A distintos panes y harinas de trigo se refiere en *Sobre la dieta* (41). Otras alusiones semejantes, imposibles de resumir aquí, aparecen diseminadas en diversos tratados del *Corpus Hippocraticum*.

trigo, clasificadas según color, tamaño, forma, peso, ciclo de desarrollo, localización y valor nutritivo, como leemos en el capítulo cuarto del libro VIII de su *Historia de las plantas*.⁴⁶

Entre los romanos, destaca de nuevo a Columela y Plinio, aunque, en este caso, para tacharlos de simplistas en sus consideraciones sobre diferentes tipos de trigo. A propósito del tipo del «candéal lampiño» (*tritium aestivum*) leemos:

El error eminentemente grosero de Columela, Plinio y otros escritores de diferentes épocas, que miran a los candeales como degeneraciones de las castas más valientes, se desvanece completamente por sí mismo a la luz que arroja el más mínimo cotejo entre sus facciones o rasgos fisionómicos. Experimentarían, sin duda, aquellos sabios, u oírían las prácticas... (pp. 24 s.)

Clemente no agota el listado de los agrónomos latinos que se ocuparon de los cereales, en el que habría que incluir también a Paladio, Catón y Varrón. Columela y Plinio se refieren a la siembra del grano, el terreno en el que se hace, la preparación de la era, las maneras de trillar, los lugares para guardar el grano y hasta los usos no gastronómicos del trigo; pero –como señala Clemente– no acertaron en la diferenciación de los distintos tipos de este cereal.⁴⁷

Por lo demás, las escasas referencias al mundo clásico en este opúsculo de Clemente están al servicio de la ilustración erudita.

En la introducción al tema, Clemente, sirviéndose de un estilo que supera con mucho la concepción moderna del lenguaje científico, escribe:

⁴⁶ πολλά γένη καὶ τοῖς καρποῖς αὐτοῖς διαφέροντα καὶ τοῖς στάχυσι καὶ ταῖς ἄλλαις μορφαῖς καὶ ἐπὶ ταῖς δυνάμεισι καὶ τοῖς πάθεσι. (...) Πολλὰ δὲ γένη καὶ τῶν πυρῶν ἐστὶν εὐθὺς ἀπὸ τῶν χωρῶν ἔχοντα τὰς ἐπωνυμίας (...). διαφορᾶς δὲ καὶ ταῖς χροιαῖς καὶ τοῖς μεγέθεσι καὶ τοῖς εἶδεσι καὶ ταῖς ιδιότησιν ἔχουσι καὶ ἐν ταῖς δυνάμεισι ταῖς τε ἄλλαις καὶ μάλιστα ταῖς πρὸς τὴν σίτησιν. τινὲς καὶ ἀπ' ἄλλων τὰς προσηγορίας, οἷον καρχυρίας σπλεγγύς Ἀλεξάνδρειος (...) (Thphr. HP 8.4.1-3).

⁴⁷ Columela destaca entre los granos principales y más útiles el *tritium* («trigo») y *semen adonum* («escaña»), que en realidad es un tipo de la especie del *Triticum*. De trigos distingue un *tritium*, *quod robus dicitur*, otro *siligo* o «candéal», y el *trimestre*, o trigo tremesino, añadiendo que las restantes variedades *nisi si quos multiplex uarietas frugum et inanis delectat gloria, superuacuae sunt*. De escaña distingue *clusinum*, *vennunculum* y *halic astrum* (2.6.1-2). Sobre el tiempo de la siembra trata en II, 8; sobre la cantidad de semilla en 2.9, 1-3 y 5, sobre el terreno y condiciones de la siembra en 2.9.4. Por su parte, Plinio en el libro XVIII distingue dos grandes grupos en los cereales, *hiberna* (63-95) y *aestiva* (96-101) y dentro del primer grupo distingue distintos tipos de trigo: *far* (83), *siligo* (85 y 91), *tritium* (63-70), *similago* (89-90), *arinca* (92), *tiphe* y *zea* (93). También R. T. Emiliano Paladio (1.6), no mencionado por Clemente, se ocupa de este tema.

Pero el empeño de marcar y de enunciar netamente, entre la multitud de cualidades sensibles que ostenta un vegetal, las que componen su peculiar fisonomía, o influyendo apenas en ésta, lo diferencian perpetuamente de sus conocidos, y aun de todos los posibles, se halló mucho más arduo de lo que pudiera creerse a primera vista. Aun no se había vencido un obstáculo, cuando renacían otros, como las cabezas de la hidra, a cuyo aspecto sucumbían desalentados el naturalista y el agrónomo. (p. 13)

La imagen mitológica resulta aquí especialmente feliz para ilustrar la dificultad del proyecto. La tarea de destruir a la Hidra, el monstruo ctónico, cuyas cabezas se reproducían cuando se mutilaba alguna de ellas, era, sin duda, desalentadora, como la de salvar los obstáculos que se multiplican cuando se cree vencido alguno de ellos, y sólo posible para un héroe tan esforzado como Heracles.⁴⁸

Frente a los escasos méritos de otras fuentes, celebra, una vez más, las aportaciones de Carlos Linneo (1707-1787), el naturalista sueco cuya erudición tanto incentivó los estudios botánicos y agronómicos de la época. Clemente lo expresa acudiendo de nuevo a una imagen mitológica.

¡Cuán superior es a todo este fárrago el sencillo resultado de los conatos de Linneo, reducido, en su *Species plantarum*, a una página! Descubierto por este confidente predilecto de la Naturaleza, el hilo de Ariadna, ya no quedaba más que asirse a él y seguirle fielmente. (p. 14)

En el mismo prólogo, el despertar de su curiosidad por el tema es expresado en estos términos: «Los encantos de Ceres llegaron, sin embargo, a ser bastante poderosos para herir con viveza nuestra atención indignamente distraída». (p. 14).

A propósito del ya mencionado «candel lampiño» recurre Clemente al símil mitológico para describirlo:

La flojedad de las espiguillas, o sea la de divergencia de los flósculos, nacida de su disposición en plano, y principalmente del encojimiento y poca adhesión al cáliz, demasiado débil para contener el empuje natural de los granos, se hace aquí más sensible que en los chamorros, aunque realmente no sea mayor, por el desvío que produce en las aristas, recordándonos la greña de Medusa. (pp. 25 s.)

⁴⁸ Hyg. *Fab.* 30, Apollod. 2.5.2.

7.- El carácter preminentemente científico de la obra de Simón de Rojas Clemente y Rubio no dejaba lugar a otros devaneos por imágenes y símiles procedentes de la tradición greco-latina.

Sin embargo, ocuparse de temas de botánica, agricultura u ornitología, y hacerlo desde una perspectiva historicista, suponía partir de los precedentes de la Antigüedad, especialmente de los clásicos latinos, de manera que particularmente Columela y Plinio son citados o mencionados por doquier, así como la poesía «agrícola» de Virgilio. En su tarea científica ocupa un lugar importantísimo la identificación y clasificación de elementos de la naturaleza, partiendo de la denominación latina y con especial interés por sus correspondencias en las lenguas vernáculas.

En trabajos como las notas para la historia natural del reino de Granada los datos relativos a ciencias de la naturaleza se completan con aspectos históricos y arqueológicos, con referencias al mundo romano, empujado por un deseo de rigor que le obliga a consultar prolija y críticamente fuentes contemporáneas.

Por los datos conservados no es posible destacar el nivel alcanzado por Clemente en los estudios de latín. Conocía el griego clásico, al que había accedido por propia motivación. Como se ha dicho también, fue discente y docente de hebreo y destacó, sobre todo, en los estudios de árabe. Se preocupó también, en relación con su periplo científico y biográfico, por lenguas modernas como el francés y el inglés. Sus preocupaciones lingüísticas se completan con su estudio lexicográfico sobre el habla de su Titaguas natal, con un afán clasificatorio digno de elogio, y sus aportaciones a la lexicografía española.

Todas estas aportaciones prefiguran el perfil humanístico del botánico valenciano. Se trata de un ejemplo destacado y tardío de los afanes científicos de su época, apremiada por los avances en el estudio de las ciencias de la naturaleza, pero no por ello desarraigada de una tradición que hace del mundo clásico un referente permanente.

SANCHIS LLOPIS, Jordi, «El mundo clásico en el botánico Simón de Rojas Clemente», *SPhV* 14 (2012), pp. 475-494.

RESUMEN

La presencia del mundo clásico en la obra del naturalista valenciano Simón de Rojas Clemente y Rubio (1777-1827) está condicionada por su prioridad por los temas científicos. Sin embargo, al ocuparse, principalmente, de temas de botánica y agricultura desde una perspectiva historicista, da cuenta de los precedentes en la Antigüedad, especialmente en los clásicos latinos, con especial mención a Columela y Plinio. La vertiente humanística de Clemente se refleja también en su interés no sólo por el latín, sino también el griego y las lenguas semíticas, así como en su afición por la lexicografía, de tema científico o no. Las consideraciones sobre historia y arqueología, en las que busca rigor y precisión, completan la curiosidad multidisciplinar de este Ilustrado tardío.

PALABRAS CLAVE: Simón de Rojas Clemente y Rubio; Historia de la ciencia; Lenguas clásicas; Recepción del mundo clásico.

ABSTRACT

The Classic World appears in the works of Simón de Rojas Clemente y Rubio (1777-1827) according to his priority for science topics. His focusing on Botanic and Agriculture from a historicist perspective makes him deal with the precedents of Antiquity, especially Latin authors like Columella and Pliny. Clemente's Humanism is reflected on his interest not only for Latin, but also for Classic Greek, Semitic languages and Lexicography, either technical or not. Clemente's rigorous reflections on History and Archeology complete the multidisciplinary curiosity of an erudite in the last period of the Age of Enlightenment.

KEYWORDS: Simón de Rojas Clemente y Rubio; History of Science; Classical languages; Reception of Classic World.